

ESCRITURA Y GUERRA: EL CASO DE JENOFONTE

Esto de la Historia nos dicen que empezó con la escritura y por eso lo de antes, cuando no se escribía, lo han llamado 'Prehistoria'. Pues bien, resulta que lo que se entiende por Historia en sentido estricto (eso que llaman algunos 'Historiografía') ha comenzado por ser la escritura de la guerra: por no empezar con Homero, que ya cantaba la guerra de Troya, podemos empezar por Heródoto, que escribió ya en prosa jónica sobre las guerras médicas, o por Tucídides, que nos contó parte de la guerra del Peloponeso. Dentro de estos padres nuestros de la Historia, encontramos el curioso caso de Jenofonte.

De Jenofonte nos han llegado varios libros muy diversos: desde el Económico, que nos enseña cómo administrar bien una hacienda, hasta los Recuerdos, que nos dejan ver a un Sócrates peculiar, o el Hipárquico, un libro de consejos al comandante de la caballería, pasando por la

Educación de Ciro o Ciropedia, la Historia Griega o Helénicas (que no es otra cosa que la segunda parte de la Guerra del Peloponeso de Tucídides), el librito



Sobre la equitación o el famoso Regreso o Anábasis. Lo que caracteriza a Jenofonte es su escritura llana, sin florituras y con una sintaxis un tanto extraña, que ya a Unamuno le hizo decir que el bueno de Jenofonte le hartaba bastante. Pero, aunque de él se han dicho muchas cosas y no todas buenas, sigue siendo un clásico de la literatura bélica y su Anábasis o Regreso de los diez mil es un libro que estará siempre entre los primeros en las bibliotecas bélicas, muy probablemente al lado de los libros de Julio César, que tanto se le parecen en algunas cosas. La guerra es siempre la misma, con un escritor como Jenofonte es más fácil darse cuenta.

D.P.

SONIDO CARAMELO

Candy Caramelo no es un músico al uso. Y es que no muchos músicos pueden presumir de haber actuado con tan sólo once años en una de las salas más emblemáticas de la capital: la Sala Sol. No era difícil adivinar que le esperaba una larga y fructífera carrera en la que resonaran grandes nombres del rock en castellano. Y es que Candy Caramelo ha aportado un toque rebelde y a la vez maduro a los discos y directos de artistas como Tino Casal, Miguel Ríos, Manolo Tena, Jaime Urrutia, Los Rodríguez, Quique González, La Cabra Mecánica o Fito y Fitipaldis. Aunque el sonido caramelo no sólo ha pasado a formar parte de la historia del rock español, sino que ha desafiado a las fronteras naturales y conquistando también el cono sur. Andrés Calamaro, Ariel Rot, Andy Chango o Sergio Makaroff son algunos ejemplos de los músicos que han sucumbido a los encantos de las cuatro cuerdas del madrileño, con quien han compartido escenario y sesiones de grabación.

Después de tantos años mano a mano con tan grandes artistas, Candy decide emprender un proyecto en solitario y edita "Por amar no hay que pagar" (DRO, 2008). En la portada se nos muestra sonriente y despreocupado, transmitiendo ya las buenas sensaciones que se desprenden de cada uno de los temas, en los que la alegría es siempre una constante. Al escuchar el primer acorde ya intuimos que estamos ante una rara avis en el panorama musical español actual, cosa que a posteriori nos confirma la majestuosa y profunda voz, al más puro estilo Sinatra, actualmente en peligro de extinción. Tras escuchar el disco uno es víctima de



una especie de fenómeno paranormal al descubrir uno de los pocos discos actuales de rock and roll puro en castellano que, sin embargo, es a la vez tremendamente complejo, ya que el rock and roll se ramifica descubriendo nuevos límites que lo acercan al funky "Funky Billy Boggie!", al ska "Todo está perdido", al frenético rockabilly, o incluso a las baladas "Cuando estoy sin ti"... todo con el swing que define la esencia de su música y el talento de los músicos que lo acompañan. Y es que Candy pone los instrumentos al mando de dos grandes comandantes del rock and roll: Julián Kanevsky (guitarra) y El Niño Bruno (batería), a los que se suman las lujosas colaboraciones de Andrés Calamaro, Fito Cabrales, Ariel Rot, Andy Chango, Quique González y Rafa Tena.

Con inconfundibles raíces en el rock and roll clásico de Elvis o Chuck Berry, "Por amar no hay que pagar" es el resultado del talento y la originalidad de Candy Caramelo, que reinventa este estilo con sensibilidad e inteligencia, manteniendo el sonido limpio de las guitarras, los latidos del bajo y los ritmos implacables de la batería.

Un disco indispensable para cualquier amante del rock and roll, pero también para cualquier persona con ganas de escuchar temas despreocupados y de gran calidad musical. Una nueva propuesta que abre nuevos caminos y nuevas posibilidades en el limitado mundo del rock en castellano. Dicho de otro modo: una apuesta segura.

A. P.

UNA PUTA MUY BUENA

"Soy una puta, pero una puta muy buena". Esta breve sentencia pronunciada por Sam Peckinpah refleja el carácter sugerente y extremo que tiene su cine: todo es exagerado: el montaje, las actuaciones, el guión... Y todo está puesto al servicio de un fin: retratar, tanto externa como internamente, la violencia en el ser humano. Los conceptos Peckinpah y violencia quedan así asociados como dos eslabones inseparables.

Lo mejor del arte de Peckinpah se aglutina en las creaciones que conforman su llamada "Trilogía Sangrienta": "Perros de paja"; "Grupo salvaje" y "La cruz de hierro". Tres obras con puntos en común pero que reflejan tres puntos de vista bien distintos acerca del odio.

Las tres poseen como tónica dominante un uso abrupto del montaje. Será ésta la principal característica del cine de Peckinpah, lo que lo hace tan difícil de ver y al mismo tiempo lo que otorga totalidad a sus obras. Porque con ese modo tan peculiar que tiene Peckinpah de engazar los planos, la violencia no está sólo en la historia, sino también en la forma. No sólo presenciamos las vicisitudes de unos inclementes vaqueros, un tranquilo matemático o unos obedientes soldados. Las padecemos. Las secuencias de cualquiera de las cintas que conforman la Trilogía Sangrienta son auténticos varapalos, y el espectador siente que ha sido vapuleado cuando termina de verlas. Somos nosotros quienes sufrimos los disparos.

Pero al mismo tiempo, estas tres obras exhiben tres conceptos distintos de violencia. En "Perros de paja" se nos muestra una violencia inevitable: por mucho que busquemos una solución pacífica, al final no nos queda otra que liarnos a disparos, aunque seamos incapaces. Esta concepción determinista del odio, ne-



tamente romántica, es lo que le otorga tono de tragedia griega a toda la obra de Peckinpah, proporcionándole a la vez un alcance universal.

El tono de la violencia que hay en "Grupo Salvaje" es bien distinto: se trata de una agresividad natural, asumida por todos como algo corriente. Que en cualquier momento le vuelen a alguien la tapa de los sesos por un quitame allá ese whisky es el pan nuestro de cada día. Para sobrevivir en el Oeste has de ser un tipo duro y sin escrúpulos. De nuevo, el determinismo de la tragedia clásica.

Y lo mismo les ocurre a los soldados de "La cruz de hierro": o matan o son matados. No hay vuelta de hoja. Al igual que David, protagonista de "Perros de paja", entre el mayor Reisman y sus hombres no existe esa "normalidad violenta" que sí poseía el grupo salvaje, son conscientes de que están viviendo una situación extraordinaria. Por eso, aunque en ocasiones les asalten las dudas acerca de la moralidad de sus actos, han de seguir luchando para sobrevivir, convirtiéndose paulatinamente en cruces de hierro, en objetos sin sentimientos como los que adornan sus laureados pechos de militares. De nuevo la obligación natural de odiar al otro, de convertirle ciegamente en tu enemigo.

Como vemos, tanto por la forma como por el argumento de sus obras, Peckinpah ha de ser considerado el "poeta del odio" de la cinematografía universal. Sus obras son duras, agresivas; pero al mismo tiempo tienen algo que nos agrada, que nos da placer, que necesitamos adictivamente. Porque nos interpretan a nosotros mismos.

Una puta muy buena. ¡Qué verdad!

A.R